

Luis Corvalán: Artículo en el *Pravda* (órgano del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética) sobre los 50 años del Partido Comunista de Chile

(2 de enero de 1972)

Medio siglo de lucha cumple hoy el Partido Comunista de Chile. Apareció como tal el 2 de enero de 1922, cuando el Partido Obrero Socialista, en su Cuarto Congreso, ratificó la decisión adoptada el 25 de diciembre de 1920, en su Congreso anterior, de llamarse en lo sucesivo Partido Comunista y adherir a la Internacional Comunista.

El Partido Comunista y su antecesor, el Partido Obrero Socialista, surgieron de las entrañas mismas del proletariado, en la región norte del país, donde se habían formado grandes concentraciones de trabajadores en las explotaciones de salitre. Nacieron luchando palmo a palmo por los intereses vitales de su clase, y en defensa de la soberanía nacional frente al imperialismo que se había adueñado de esa riqueza. Nacieron levantando en alto la bandera del internacionalismo proletario, en apoyo resuelto a la Gran Revolución Socialista de Octubre, y en contra de la tentativa de algunos sectores oligárquicos de promover un conflicto fratricida chileno-peruano por cuestiones fronterizas que había dejado pendientes la Guerra del Pacífico.

Poderoso baluarte

Tanto el Partido Comunista como el Partido Obrero Socialista, fueron fundados por el tipógrafo Luis Emilio Recabarren, forjador del movimiento obrero revolucionario, creador de la prensa proletaria y del teatro obrero, destacado patriota y gran internacionalista. Recabarren y el Partido Obrero Socialista estuvieron contra la guerra imperialista de 1914 y del lado de la Revolución de Octubre desde el primer momento. “Rusia revolucionaria –escribe Recabarren el 5 de diciembre de 1917– es el más poderoso baluarte de la verdadera democracia, de la democracia del pueblo honrado y trabajador” y constituye, agrega, “la base incommovible para el derrumbe del régimen capitalista, con imperialismo y militarismo, en todo el mundo”.

A través de toda su existencia, el Partido Comunista de Chile ha sabido mantener y acrecentar los rasgos revolucionarios con que nació a la vida política, es decir, su profundo sentido de clase, su acendrado patriotismo y su consecuente internacionalismo.

Estos rasgos son propios de los partidos comunistas. En el caso de Chile se dan de tal manera, se conjugan y complementan de tal modo que el enemigo de clase no ha podido convencer al país de que el comunismo sea una planta exótica.

Hijos del pueblo

El nombre y la lucha de los comunistas chilenos están vinculados indisolublemente a la organización del proletariado, al desarrollo de su conciencia de clase, a sus conquistas alcanzadas y a las más memorables batallas que ha librado. Están unidos al constante batallar de los chilenos por la democracia, la libertad y la plena independencia de su Patria, a una preocupación permanente por exaltar, sin chovinismo, los valores nacionales, y desarrollar la cultura nacional en todas sus manifestaciones. Están, en fin, unidos a la obra de chilenos ejemplares, de eminentes hijos del pueblo, como Luis Emilio Recabarren, Elías Laferte y Pablo Neruda.

El Partido Comunista ha vivido muchos años difíciles. Miles y miles de militantes han sufrido la relegación, la cárcel, las flagelaciones policiales, y no pocos han pagado con su vida la fidelidad a su clase y a su pueblo. En la lucha por los intereses de los trabajadores, del pueblo y de la nación, en el duro combate contra el enemigo de clase y en la defensa intransigente de los principios del marxismo-leninismo contra toda clase de deformaciones, incluidas las desviaciones de derecha y de izquierda que en otro tiempo aparecieron en su seno, el Partido Comunista de Chile se ha formado como un gran partido de masas, unido, homogéneo, profundo conocedor de la realidad de su país, de vasta influencia en la vida política chilena. El Partido Comunista llega a su quincuagésimo aniversario con 150 mil militantes y una aguerrida Juventud Comunista de 50 mil afiliados, con firmes y sólidos vínculos con la clase obrera y otros sectores populares.

Transformaciones revolucionarias

El Partido Comunista de Chile celebra su cincuentenario en los momentos en que se llevan a cabo en el país profundas transformaciones revolucionarias bajo el Gobierno de la Unidad Popular, que encabeza el Presidente Salvador Allende.

A la generación de este Gobierno contribuyeron todos los partidos integrantes de esa coalición. El aporte de cada cual fue necesario, indispensable. En cuanto al Partido Comunista, está fuera de duda que su política de unidad y de lucha de la clase obrera y del pueblo, sostenida por largo tiempo con firme perseverancia y seguridad, constituyó la clave del éxito. Dicha política encontró amplia y creciente acogida en las masas populares, y fue pasando poco a poco a ser patrimonio de todos los partidos y movimientos victoriosos en aquella jornada.

Atendiendo diversas características del país, el Partido Comunista sostuvo con toda energía la tesis acerca de la posibilidad real de conquistar el Gobierno por una vía no armada. Con este motivo enfrentó resueltamente las posiciones dogmáticas de los grupos de ultraizquierda, que negaban de plano esa posibilidad.

Unir y acumular fuerzas

El mérito de los comunistas chilenos no ha estado sólo en haber sostenido la aplicabilidad de esa tesis en las condiciones de su país, sino ante todo en la labor realizada, junto a los demás partidos de la Unidad Popular, para organizar a las masas, elevar su conciencia política y dar con ellas los miles de combates a través de los cuales fue posible unir y acumular las fuerzas necesarias para triunfar.

La conquista del Gobierno fue, pues, el fruto de un largo proceso de luchas, de una intensa y multitudinaria movilización de las masas, de un esfuerzo constante por desarrollar su conciencia, y no el resultado de una simple participación en las elecciones presidenciales. Las luchas unificadas de la clase obrera y de las masas populares, y los objetivos revolucionarios que las han animado han sido lo fundamental. Sin mediar esto, el movimiento popular habría caído en el simple reformismo electoral y legalista y no habría podido vencer.

Desde todo el mundo

Los revolucionarios de todo el mundo miran con particular atención los acontecimientos que se desarrollan en Chile. Como sostuvo el compañero Fidel Castro en su reciente visita al país, en él tiene lugar un proceso revolucionario, hay una revolución que comienza a dar sus primeros pasos. El conjunto de las medidas aplicadas desde que el Presidente Allende y la Unidad Popular tomaron en sus manos las riendas del Gobierno, constituyen importantes transformaciones antimperialistas y antioligárquicas en el sistema de propiedad de las riquezas extractivas, de una serie de grandes industrias y de buena parte de las tierras, en las relaciones de producción y en la dirección política interior y exterior del país. Tales medidas echan las primeras bases materiales del camino ulterior al socialismo.

Lo más singular de estos cambios es que ellos se llevan a efecto dentro de los cauces legales y constitucionales, en los marcos del Estado de Derecho creado en el país a lo largo de toda su historia.

La práctica ha demostrado que en las condiciones concretas de Chile esto era y es posible.

Los marcos institucionales

En la superestructura de Chile no sólo está el sello de las clases reaccionarias que han dirigido el país. En uno que otro aspecto se refleja también en ella la lucha largo tiempo librada por los trabajadores y otros sectores populares, en favor de la democracia y el progreso social.

Una serie de leyes, decretos leyes e instituciones que surgieron ayer, bajo gobiernos progresistas como el del Frente Popular en 1938 y aún bajo el más reciente de la Democracia Cristiana, unido ello, claro está, a la resuelta acción

del actual Gobierno y de las masas, han dado margen para llevar a cabo significativos cambios revolucionarios en los marcos de la institucionalidad.

En efecto, la nacionalización de la gran minería del cobre, de las minas que pertenecían a los consorcios norteamericanos Kennecott, Anaconda y Cerro Pasco, cuya producción anual alcanza un valor de unos 700 millones de dólares en el mercado internacional a través de una reforma constitucional que ni siquiera pudo tener oposición en el Parlamento, a pesar de que en éste el Gobierno carece de mayoría. La expropiación de 1.383 latifundios, de tantos como los que expropió la Democracia Cristiana en 6 años de Gobierno, se ha efectuado de acuerdo con la Ley de Reforma Agraria de 1965. La estatización de la banca particular se ha llevado a cabo a través de la compra de acciones, pagaderas en bonos reajustables y a los bajos precios del mercado bursátil. Las industrias del carbón, del acero, del cemento, el salitre y el hierro han pasado al área de la propiedad social mediante negociaciones directas entre el Gobierno y los capitalistas, haciendo pesar las fuertes deudas que éstos habían contraído con el Estado a lo largo de muchos años. En el caso de numerosas otras empresas, el Estado ha tomado en sus manos la administración de las mismas aprovechando disposiciones legales de excepción, que le permiten intervenir o requisar fábricas, productos y medios de transportes cuando se dan determinadas circunstancias, cuando se han creado serios problemas de abastecimiento y cierto tipo de conflictos entre obreros y patrones.

A tono con los tiempos

Es claro que el status jurídico vigente impone serias limitaciones y que se hace necesario ponerlo a tono con los nuevos tiempos de manera que, por lo menos, facilite y no entorpezca la creación de una nueva sociedad. Por eso, el Partido Comunista y los demás partidos de la Unidad Popular plantean la sustitución constitucional y legal del actual Estado de Derecho por otro más avanzado. En consecuencia, se proponen llevar adelante el cumplimiento del Programa común a través de los cauces constitucionales y, por lo tanto, carecen de todo fundamento las habladorías de aquellos reaccionarios que dentro y fuera del país tratan de presentarlos empeñados en saltar por encima de la Carta Fundamental.

No son el Gobierno de la Unidad Popular ni los partidos que lo constituyen quienes tratan de salirse de esos cauces. Son los grupos más reaccionarios de la derecha los que intentan sacar los acontecimientos de su curso legal.

Tales grupos actúan por su cuenta y también accionados desde el exterior.

El imperialismo actúa

El imperialismo norteamericano comprende que los tiempos han cambiado, que no está en condiciones de imponer un bloqueo contra Chile como logró hacerlo contra Cuba. También considera que cualquier otra forma de agresión, de ataque frontal contra el Gobierno de la Unidad Popular, uniría y alzaría con-

tra él a toda la nación y provocaría en América Latina tal repudio que en más de algún otro país pondría sin duda en peligro su propia dominación.

En tales circunstancias prefiere seguir el camino de una hostilidad sistemática, que se expresa a través de la suspensión de líneas de créditos y una campaña de mentiras que orquesta en todo el continente, al mismo tiempo que promueve y estimula la acción sediciosa de la ultrarreacción. Por mucho que se oculten los agentes de la CIA, su participación en la asonada fascista del 1° de diciembre en Santiago no escapa a nadie que tenga un mínimo conocimiento de sus formas de actuar. Las guardias blancas que operaron en esa ocasión no eran improvisadas. Su presentación y comportamiento evocaron a los “tontonmacoutes” de Duvalier, o a los grupos de choque que la CIA adiestró en Brasil para luchar por el derrocamiento de Goulart.

Víctor Marchetti, ex agente de la CIA, que alcanzó el rango de ayudante ejecutivo del subdirector, denuncia en su libro “El Equilibrista” que esta entidad ya no se dedica sólo a la tradicional labor de inteligencia, de reunir y valorar información, sino también de montar organizaciones paramilitares en aquellos países donde el imperialismo norteamericano se propone echar abajo gobiernos que no son de su afición.

La carta de la sedición

Así, pues, el imperialismo norteamericano juega en primer término la carta de la sedición interna, busca el caos y el derribo del Gobierno por las fuerzas reaccionarias de nuestro propio país.

La inmensa mayoría de la nación, cualquiera sea su actitud ante el Gobierno, rechaza tales planes.

La clase obrera está en disposición de combate. Como lo acaba de expresar, el 20 de diciembre, el Presidente Allende, “si alguien intentara, por el camino de la sedición, barrenar las bases institucionales, la respuesta sería drástica; paralizadas las escuelas, los talleres y los campos; silencio en las ciudades y el rumor revolucionario del pueblo dispuesto a defender su derecho a la vida”.

Ya en octubre de 1969 quedó demostrado que la clase obrera se había transformado en una fuerza decisiva para los destinos de su Patria. El día 21 de aquel mes los trabajadores pararon sus actividades, tomaron las fábricas y salieron a las calles conjurando un serio peligro de golpe de Estado.

Los trabajadores chilenos no permitirán la vuelta atrás.

Las Fuerzas Armadas se mantienen leales al Gobierno constituido. La Iglesia Católica tiene una actitud de colaboración con las grandes tareas de la transformación social. Por eso, estas instituciones y sus más altos dignatarios son constantemente vapuleados por diversos sectores de la reacción.

Oposición obcecada

La propia Democracia Cristiana se pronuncia reiteradamente en contra de la sedición, con lo cual también expresa los sentimientos generales del país, que

son opuestos a un trastorno institucional, aunque a decir verdad lleva a menudo agua a ese molino con su obcecada oposición.

El Partido Comunista considera su deber actuar de manera tal que se haga imposible la subversión reaccionaria o que pueda ser aplastada rápidamente. Con tal fin concentra sus ataques contra los enemigos principales y alerta contra el peligro fascista. Este peligro puede y debe ser conjurado.

Los comunistas no comparten la tesis de la inevitabilidad del enfrentamiento armado, tesis que sostienen ciertos elementos de ultraizquierda. La consideran prácticamente reaccionaria, pues tiende a paralizar la lucha de las masas y a debilitar los enfrentamientos cotidianos en espera del combate "final".

Los que sueñan con el golpe de Estado. . .

En cualquier caso, los que sueñan con el golpe de Estado u otro tipo de aventura, saben –y es bueno que sepan– que la clase obrera y el pueblo están dispuestos a enfrentarlos con toda energía y a costa de cualquier sacrificio.

El Partido Comunista ha dicho que el pueblo no permitirá que las bandas fascistas salgan otra vez a la calle, como lograron hacerlo el 1° de diciembre último a pretexto de proteger una manifestación de mujeres. No se trata de negar los derechos de la oposición que se ejerzan dentro de la ley, sino de rechazar la sedición, de salvar al país del baño de sangre a que los grupos fascistas lo quisieran llevar.

A lo largo de sus 50 años de vida, el Partido Comunista ha mantenido invariablemente una posición de defensa de las libertades públicas y de las conquistas del pueblo, en contra de los designios del sector más cavernario de la derecha. En varias ocasiones, incluso bajo el gobierno anterior, su actitud resuelta ha permitido, junto al esfuerzo desplegado por otros sectores populares, conjurar los peligros antidemocráticos. Con mayor razón ahora, cuando no sólo se trata de preservar la democracia, sino de impedir la contrarrevolución, se empeña y se empeñará por aislar y derrotar a los grupos fascistas.

Las dificultades económicas

Tanto los imperialistas yanquis como sus aliados internos, cifran buena parte de sus esperanzas en las dificultades económicas que, por lo mismo, se empeñan en producir y en agravar.

Estas dificultades existen. Derivan principalmente de la dominación financiera del imperialismo, del atraso agropecuario y de ciertos problemas que trae aparejado el necesario aumento de la capacidad de compra de las masas.

Chile tiene una deuda externa que alcanza a los 4 mil millones de dólares, cuyo servicio obligaría a destinar entre el 30 y el 40% de los ingresos de divisas. Como ya está dicho, Estados Unidos ha cortado varias líneas de crédito y, por otro lado, el precio del cobre en el mercado internacional ha descendido en el último año, de 67 a 45 centavos de dólar la libra. Ello ha obligado al Gobierno a plantear la renegociación de esa deuda.

Han surgido también algunas dificultades de abastecimiento, especialmente en productos cárneos, en ciertas materias primas para la industria y en repuestos del transporte urbano.

Pero no se trata de una situación desesperada ni sin salida.

Lo fundamental: el esfuerzo interno

La renegociación de la deuda externa, que los acreedores no tienen más que aceptar, el mantenimiento de buenas relaciones con Europa Occidental, Japón y Canadá, los créditos que allí tenemos abiertos y, sobre todo, la ayuda de la Unión Soviética y demás países socialistas ofrecen buenas perspectivas. Estos han ofertado créditos por un total cercano a los 400 millones de dólares para la importación de maquinarias y equipos y la realización de proyectos específicos para el desarrollo económico. Más aún, la Unión Soviética contempla también la otorgación de algunos créditos para que el país enfrente las dificultades inmediatas que tiene en su balanza de pagos y, con el mismo fin, está dispuesta a comprarle al contado ciertas cantidades de cobre.

Con todo, lo fundamental es el esfuerzo interno para resolver los problemas. En este sentido, reviste gran importancia el aumento de la producción y de la productividad con vista a responder a la mayor demanda, a aumentar las exportaciones y, por lo tanto, los ingresos de divisas capaces de cubrir las necesidades de la importación, con miras a mejorar todavía más la renta de los trabajadores, a contrarrestar las presiones inflacionarias derivadas de la expansión del circulante y a crear excedentes para la ampliación de las industrias y la inversión fiscal.

La acción del Gobierno de la Unidad Popular ha permitido en 1971 un incremento de la producción industrial del orden del 10%, una apreciable redistribución del ingreso en favor de los trabajadores y una baja vertical de la cesantía y de la tasa de inflación.

Aumento de la producción

El incremento de la producción y la disminución del número de desocupados se han logrado, principalmente, mediante la utilización de la capacidad ociosa de las instalaciones industriales. Aún queda cierto margen para aprovechar dicha capacidad. Pero cada día pasa a primer plano el incremento económico a través de nuevas inversiones, del empleo de nuevas tecnologías, de la planificación económica y de la eficiencia en el trabajo.

Los trabajadores chilenos, especialmente los que laboran en las empresas del área social, prestan gran dedicación al cumplimiento de estas tareas. En numerosas industrias se fijan metas de producción y obtienen éxitos valiosos. El trabajo voluntario y la puesta en práctica de otras iniciativas dan significativos frutos. Un relevante papel cumplen los Consejos de Administración de las empresas nacionalizadas, constituidos por delegados del Gobierno y representantes elegidos democráticamente por los obreros, empleados y técnicos, así

como los comités de producción que éstos han formado en esas empresas por turnos y secciones de trabajo.

Los organismos pertinentes del Estado, junto a las cooperativas campesinas y a pequeños y medianos empresarios privados, llevan adelante plantas audaces y realistas para aumentar verticalmente la disponibilidad de aves y de cerdos. Paralelamente, con la ayuda de barcos pesqueros soviéticos y cubanos, facilitados al país sin otro compromiso para éste que el de cubrir los gastos de mantención, se incrementa extraordinariamente la entrega de productos del mar al mercado consumidor.

Una tarea doble

Lenin decía: “Para triunfar, para crear y consolidar el socialismo, el proletariado debe resolver una tarea doble, o, más bien, una tarea única con dos aspectos: primero, con su heroísmo a toda prueba en la lucha revolucionaria contra el capital, atraer a toda la masa de trabajadores y explotados, organizarla, dirigir sus esfuerzos para derrocar a la burguesía y aplastar plenamente toda resistencia por parte de ésta; segundo, conducir a toda la masa de trabajadores y explotados, así como a todos los sectores de la pequeña burguesía, al camino de la nueva construcción económica, al camino de la creación de las nuevas relaciones sociales, de una nueva disciplina laboral y de una nueva organización del trabajo que conjugue el aprovechamiento de la última palabra de la ciencia y la técnica capitalista con la agrupación en masa de los trabajadores conscientes, entregados a la gran producción socialista.

“Esta tarea es más difícil que la primera, porque no puede ser cumplida en modo alguno con un esfuerzo heroico, momentáneo, sino que exige el heroísmo más prolongado, más pertinaz y difícil: el del trabajo cotidiano y masivo. Pero esta tarea es también más esencial que la primera, porque, en fin de cuentas, la fuente más profunda de la fuerza necesaria para vencer a la burguesía y la única garantía de solidez y seguridad de esas victorias, reside únicamente en un modo nuevo y superior de producción social, en la sustitución de la producción capitalista pequeñoburguesa por la gran producción socialista”.

El costo social

El país ha tomado un camino que le ofrece la posibilidad de hacer la revolución a un bajo costo social. Pero algún costo hay que pagar, por lo menos el de las dificultades que ha empezado a vivir. De éstas se aprovechan los reaccionarios para atacar al Gobierno, lo cual impone la necesidad de mantenerlos políticamente a raya, de mejorar la publicidad de la Unidad Popular, de realizar una labor ideológica permanente en el seno del pueblo, a fin de elevar más y más su conciencia y hacerlo impermeable al desánimo y a la confusión.

La mayoría inmensa de los chilenos está por los cambios revolucionarios si se efectúan dentro de la ley. Esto quiere decir que, más allá de la Unidad Popular hay fuerzas que podrían contribuir a esos caminos. El imperialismo y la

ultrarreacción tratan de impedir toda posibilidad de materializar esa suerte de colaboración y se esfuerzan por plasmar un amplio frente opositor, por reunir en un solo haz a la Democracia Cristiana y a la derecha, incluidos los grupos de tipo fascista. Quieren dividir al país en dos grandes bloques que hoy se muestren los dientes y mañana se vayan a las manos, choquen entre sí y des- emboquen en una guerra civil. La dirección demócratacristiana, sin medir las consecuencias de su actitud, aparece inclinada a favorecer ese juego de los ene- migos de toda transformación social. Pero si las fuerzas democráticas, que son mayoría, se proponen arribar a uno que otro entendimiento y actúan consecuen- temente en tal dirección, no hay duda que podrán desbaratar aquellas manio- bras reaccionarias y servir mejor los intereses del pueblo.

Movilización de las masas

En virtud de esto, el Partido Comunista, para el cual lo fundamental ha sido, y es y será la movilización de las masas, la realización de una política re- volucionaria en todos los frentes, considera que también se podrían lograr ciertos acuerdos con sectores de la oposición, como se hizo ayer en torno a la naciona- lización del cobre.

El Partido Comunista está plenamente convencido que, en la lucha por las transformaciones antimperialistas y antioligárquicas y por abrir camino a una sociedad socialista, es posible y necesario unir a la mayoría nacional. Piensa que en esta lucha pueden y deben colaborar todos los partidos y corrientes que re- presentan los intereses del pueblo y actúan, en consecuencia, manteniendo la tradición chilena de respeto a la ley, sin perjuicio de buscar la propia modifica- ción de la ley. Y estima que la llamada vía chilena no niega en absoluto los prin- cipios generales de la lucha de clases, incluidos los relativos al paso del capita- lismo al socialismo. Su concreción cabal no se produce de la noche a la mañana y, de otra parte, como Lenin concebía, presenta formas varias y originales.

No se pueden dejar de tener en cuenta los obstáculos que surgen en el cum- plimiento de estas tareas. Los elementos más reaccionarios, que ayer se oponían tercamente hasta al más insignificante mejoramiento en el ingreso de los traba- jadores, suelen hoy patrocinar todo tipo de acciones "reivindicativas" para des- quiciar la economía. De hecho coinciden con ellos los grupos de la extrema iz- quierda, que promueven toda clase de peticiones en el sector laboral y exigen la expropiación de fábricas y de precios agrícolas, independientemente de su tamaño y de su rentabilidad.

Vencer las trabas

El aparato administrativo del Estado es de lo más irracional. Para funcio- nes específicas que requieren organización y mando únicos hay una multiplici- dad increíble de reparticiones públicas y de jefes. Todo ello se traduce en pa- peleos y reuniones interminables en la coordinación, en lentitud para tomar decisiones sobre problemas de urgente solución.

El Gobierno de la Unidad Popular adopta una serie de medidas para vencer estas trabas. Los comunistas y las demás fuerzas de la Unidad Popular se esmeran en desenmascarar las maniobras de la ultrarreacción y de la ultraizquierda y en llevar a la conciencia de todos los trabajadores la idea justa de que la lucha por su bienestar y por sus derechos pasa hoy, fundamentalmente, a través del éxito del Gobierno, de la realización de los cambios revolucionarios, del aumento de la producción y de la productividad y del mejor funcionamiento de los servicios.

Esta es una batalla que exige una participación cada vez más creciente de los trabajadores y de las masas en general. Es el pueblo chileno, actuando organizadamente, con clara conciencia y disciplina social, quien mediante su acción masiva, apartará los obstáculos y saldrá adelante.

Hacer irreversible el proceso

El Partido Comunista de Chile cumple 50 años de vida cuando la lucha de la clase obrera y del pueblo, a la cual ha contribuido tan decisivamente, ha creado en el país una situación nueva. Las fuerzas revolucionarias han tomado la dirección del Gobierno, parte importante del poder político. Han echado a andar los grandes cambios sociales, a remover de raíz las trabas al desarrollo económico y cultural, a desbrozar el camino que ha de conducir a la mayor prosperidad de la nación, a su plena independencia y a la sociedad socialista.

Muchos de los avances logrados son irreversibles. Por ejemplo, la nacionalización de cobre, la estatización de la banca y de varias empresas industriales y lo que se ha hecho en materia de reforma agraria son pasos sin retorno en el camino del progreso de Chile. La gran tarea es hacer irreversible todo el proceso, afianzarlo y desarrollarlo, derrotar a las clases reaccionarias en toda la línea, fortalecer y ampliar las filas revolucionarias, unir más y más al pueblo en torno del Gobierno.

A esta gran tarea consagra sus esfuerzos del Partido Comunista junto a todos los partidos y corrientes consecuentemente progresistas.